

Marcial Pons **Historia**



## Rico y pobre

Desastre social y virtud cívica  
en el autor de *Utopía*

Álvaro Silva



ÁLVARO SILVA

# **RICO Y POBRE**

**Desastre social y virtud cívica  
en el autor de Utopía**

Marcial Pons Historia

2022

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO .....	11
INTRODUCCIÓN. ¿LA EDAD DE LA ABUNDANCIA?.....	17
CAPÍTULO 1. «AUNQUE NADIE TIENE NADA, TODOS SON RICOS» .....	33
CAPÍTULO 2. «LA LOCURA CIEGA DE LA CODICIA» .....	65
CAPÍTULO 3. «LA SÚPLICA DE LOS MENDIGOS» Y «LA SÚPLICA DE LAS ALMAS».....	85
CAPÍTULO 4. «UNA LIBERTAD ETERNA».....	129
CAPÍTULO 5. RICO Y POBRE .....	163
EPÍLOGO. «A LA HORA DE AHORA» .....	195
BIBLIOGRAFÍA .....	205
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS .....	215

## PRÓLOGO

Aunque brilla con esplendor de luces nuevas mucho antes de la Ilustración europea, el ímpetu del humanismo renacentista fue en parte frustrado por el sectarismo de una cristiandad occidental dividida en bandos teológicos y pronto enfrentada en guerras que devastarían Europa, negación odiosa y sangrienta de una nueva fraternidad universal que había marcado los inicios de la fe de Jesús de Nazaret. Esta tragedia, de consecuencia incalculable y todavía penosa, es importante a la hora de entender algunas figuras sobresalientes de la época, y Tomás Moro (1478-1535) no es una excepción<sup>1</sup>.

La vida y obra del autor de *Utopía* siguen siendo objeto de interés y estudio, pero ni fue Tomás Moro «un hombre para la eternidad» (según una inexacta traducción de la adaptación cinematográfica del drama teatral de Robert Bolt) ni tampoco el monstruo de hipocresía y rigidez dogmática que algunos han visto

---

<sup>1</sup> La magnífica edición crítica de sus obras completas fue realizada por la Universidad de Yale (1963-1997), una editorial que también ha publicado *The Essential Works of Thomas More* (2020), una generosa selección en un tomo editado por Gerard B. WEGEMER y Stephen W. SMITH. *The Cambridge Companion to Thomas More* (2011), editado por George M. LOGAN, es una indispensable introducción. De particular interés, entre las publicaciones más recientes, es la biografía breve de Marie-Claire PHÉLIPPEAU (2016) y el libro de Travis CURTRIGHT (2012), un análisis de algunas lecturas revisionistas. Existen varias biografías en español y la mejor, en mi opinión, es la del escritor y novelista Peter ACKROYD (2004). *N. del a.*: En las notas a pie de página solo aparece la fecha de la edición que he leído; la información completa aparece en la bibliografía.

en él<sup>2</sup>. Poeta y abogado, hombre de familia, amigo de Erasmo, secretario de Enrique VIII y luego canciller de Inglaterra, sigue reclamando la atención de los historiadores no solo por *Utopía*, sino por cuestiones sobre su estilo de vida, su oficio en la corte Tudor, su visión de un cristianismo humanista, su férrea oposición a las nuevas ideas luteranas y, por supuesto, su conducta en la cuestión del divorcio del rey, el asunto que le privó de su libertad y procuró fatal sentencia como traidor. Fue decapitado el 6 de julio de 1535 en Tower Hill.

Las circunstancias de su muerte, tras catorce meses en prisión, como la de tantos que han sufrido parecidos o peores horrores por sus opiniones religiosas o políticas, provocan una cuestión de particular interés. ¿Qué hizo posible esa decisión cuando le hubiera sido tan fácil escapar de la ira del monarca como hicieron muchos y, entre ellos, todos los obispos ingleses menos uno, John Fisher, que sería degollado unos días antes que él? Si un bombero, por ejemplo, muere socorriendo a alguien atrapado por las llamas, entendemos que esa conducta heroica estaba contemplada en el código ético de su arriesgado oficio, aunque pudiera haberse inventado alguna excusa más o menos razonable para no jugarse la vida. En la literatura épica, un guerrero se lanza a hazañas imposibles y a una muerte exigida por su destino alcanzando así una gloria inmortal; y no solo hombres, como muestra la hija de Hécuba en la magnífica obra de Eurípides. Los griegos de la Antigüedad, y no eran los únicos, atribuían esa conducta en el límite a cierta energía divina, y la misma muerte un arrebatado de entusiasmo (del griego *en theos*). El héroe aparece *endiosado*, adoptado como hijo por algún dios o diosa y de tal manera poseído por la divinidad que parecía olvidar o despreciar el instinto natural declarándose señor de la vida al entregarse a la muerte.

En el caso de Tomás Moro, que no era guerrero (ni tampoco bombero) de profesión, ¿de dónde vino esa fuerza moral y emocio-

---

<sup>2</sup> El talento literario de Hilary Mantel en su trilogía sobre Thomas Cromwell explica su éxito crítico y popular, pero el retrato de Moro en la primera de esas novelas, *Wolf Hall* (publicada en español con el título *En la corte del lobo*), fue justamente criticado por varios historiadores especialistas en la época Tudor. Sobre los cambios de percepción histórica de la Reforma, también la nueva imagen católica de Lutero, así como los reflejos más recientes en la literatura de ficción, culminando en la célebre novela de Mantel, véase Eamon DUFFY (2020).

nal a una edad en la que debemos pensar de él como de un anciano retirado y enfermo? No busco una explicación de su martirio, pues la tenemos de su puño y letra en un conmovedor testimonio epistolar, sino su construcción de la capacidad psíquica necesaria para afianzarse en una decisión que iba a arrojarlo del bienestar de su casa y familia en Chelsea a la prisión humillante en la Torre, con segura pérdida de bienes y amenaza de tortura, y alta probabilidad de ser castigado con la muerte atroz reservada a traidores. En abril de 1534, cuando fue arrestado y trasladado a la fortaleza junto al Támesis, tenía cincuenta y seis años (que no eran tan jóvenes como los de ahora) y padecía de diversas dolencias corporales. Gozaba de prosperidad material y de extraordinario prestigio no solo en Inglaterra, sino en el continente europeo: fue su renombre lo que motivó la acción de Enrique VIII contra él. El autor de *Utopía* seguía teniendo fama internacional, aunque algo malgastada durante la última década de su vida en una polémica ya del todo estéril contra Lutero y otros autores de tendencia protestante. En breve, un hombre de familia, retirado en su estupenda propiedad en las afueras de Londres tras alcanzar la cumbre de su carrera pública, pero que casi de repente se dispone a perderlo todo arrojándose peligrosamente a una muerte infame y terrible. A lo largo de esta investigación espero ir aclarando mi respuesta a esta pregunta porque revela algo esencial en el escritor inglés e ilumina lo que se podría llamar su más deliberado arte de vivir.

Confieso, sin embargo, que fue otro mi primer interés un día, ya hace años, en que apunté en mi cuaderno de notas como posible tema de investigación, «Tomás Moro y los pobres». Me habían hablado de la posibilidad de impartir un ciclo de conferencias sobre el humanismo renacentista en una universidad de Perú, y como ese país se hundía entonces en abismos de miseria, pensé que el tema de la pobreza podría dar pie a una sustancial y provechosa discusión. Nunca se materializó la invitación, pero la idea creció en mi cabeza y pronto en mis lecturas. Solo *Utopía* era razón suficiente para emprender una investigación de este tipo, pues, ¿qué lector de este clásico, al observar la vida en la isla misteriosa de Moro, no advierte estupefacto que en ella «no hay ni un solo pobre»? Volver a escudriñar su vida y obra me llevó a otra acepción de «pobreza», de cuña antigua y a menudo caricaturizada, pero nunca del todo desaparecida. Como desprendimiento de las cosas y circunstancias

de la vida, esto es, como libertad y señorío aun en la necesidad material o reciedumbre en la adversidad, la «pobreza» o sencillez de vida tiene una rica historia. Se ha estimado como virtud o capacidad humana y no solo en su variedad religiosa, como en el voto de la «santa pobreza» de algunos cristianos, sino también en antiquísima tradición budista y otras, o en las escuelas filosóficas de la Antigüedad grecorromana, cuando «filosofía» significaba un camino de sabiduría teórica y práctica, un «estilo de vida» y no sofistería o la mera carrera académica en que la filosofía parece haber terminado. Así encontré lo que pongo en el centro del arte de vivir del escritor inglés y que contesta a la pregunta de cómo le fue posible llegar a una decisión que lo llevaría a la prisión y a la muerte cuando una sola firma podría haberlo liberado y devuelto a su familia, al estilo de vida y reposo merecido en Chelsea.

Me propuse explorar en su vida y en su obra literaria el juego pertinente entre una y otra acepción de la pobreza, es decir, su sentido clásico como valor cívico, como excelencia y libertad de la persona, algo admirado tanto por creyentes religiosos como filósofos (al menos en teoría); y, al mismo tiempo, en su otro significado, palpable y doloroso: la pobreza como insoportable humillación desde la miseria individual hasta el desastre social, aquella indigencia inhumana del todo desconocida en la isla de Utopía.

Después de una introducción en la que subrayo el cambio de percepción de la pobreza que tuvo lugar en Europa durante los siglos XV y XVI y que llevó a la organización sistemática y estatal de la ayuda a los pobres, la primera parada obligatoria es *Utopía*, el libro que acuñó una palabra de trágica historia en quienes abrazaron ideas utópicas durante el siglo XIX y de las que tampoco escapó el siglo XX. La formidable paradoja del libro en su reto individual y social ganó para su autor, entre otros laureles, una inscripción en la afamada Plaza Roja de Moscú durante la era soviética, reconociendo al católico inglés como un pionero del ideal social comunista.

Acudo en el segundo capítulo al testimonio de un texto que Tomás Moro compuso y nunca terminó seis años después, hacia 1522, y que he presentado en mi introducción a la edición española como otro paso en su búsqueda del arte de la vida, una sabiduría antigua que tuvo su iteración en la Edad Renacentista. El título que escogí para esa edición, *Piensa la muerte*, apunta a su objetivo esencial. *The Last Things*, como se conoce en inglés, no iba a ser

un tratado escolástico sobre los «novísimos», sino una exposición de comportamientos habituales que debilitan la persona hasta su destrucción moral y aun corporal. Vaya por delante que el ensayo más largo en esa obra inacabada versa precisamente sobre la codicia; de ahí mi interés. En el tercer capítulo llevo la investigación a finales de la tercera década del siglo XVI, crucial como pocas en la historia europea, pues la crisis eclesiástica ya era un cisma y las ideas luteranas empezaban a tener calurosa acogida en Inglaterra. En el invierno de 1529 se repartió en las calles de Londres un libelo anónimo titulado *La súplica de los mendigos*, que, sin escrúpulo de objetividad pero alardeando de ella, culpaba al clero y a las órdenes religiosas de toda la miseria y desgracia del país. No contento con una retórica de furia y rabia, el panfletista espoleaba a la violencia armada contra una clase sacerdotal presentada como usurpadora del tesoro nacional. La reacción de Tomás Moro a la diatriba fue inmediata. En *La súplica de las almas* refutaba lo que veía como una incitación, estridente y radical, a que el gobierno Tudor declarara al clero como enemigo público número uno y que lo hiciera con la máxima fuerza punitiva. Como el panfleto encierra toda una «teoría y praxis» de la revolución anticlerical, ambos textos ofrecen una rara oportunidad de observar un caso histórico de manipulación ideológica en la información ciudadana, un fenómeno no menos real y peligroso en siglos posteriores.

Mi interés se centra después en dos obras escritas en la Torre de Londres: el *Diálogo de la fortaleza contra la tribulación* y *De tristitia Christi* (*La agonía de Cristo*, en mi edición española). Su situación llevó al prisionero de conciencia a reflexionar sobre la pobreza y la riqueza, la libertad y la prisión, la debilidad del individuo frente al poder tiránico del Estado, la vida y la muerte, entre otras cuestiones salpicadas de relatos pertinentes. En tan penosas circunstancias, el tema de la pobreza o del desprendimiento como condición necesaria para la libertad de conciencia o libertad esencial de la persona se hizo íntimo y urgente. En el último capítulo paso de las letras a las obras ofreciendo un retrato *sub specie paupertatis*, es decir, una radiografía de su vida a la luz de la pobreza en su doble o triple percepción. Un interés teórico por los pobres o por la justicia social es siempre loable, pero una cosa es la reflexión o el debate y otra la conducta personal. ¿Vivió Tomás Moro la sobriedad y desprendimiento que tanto admiraba en la tradición filosófica es-



toica y cristiana? ¿Lo llevó su conciencia a una ayuda eficaz a los pobres? ¿Fue su muerte mera consecuencia de la fuerza brutal de un déspota o el resultado de alguien que se ha ejercitado durante años en alcanzar la posesión de uno mismo como en el noble ideal de la filosofía clásica?

Aprovecho el epílogo para añadir una reflexión que juzgo necesaria aparte de las conclusiones que sacarán lectores atentos. Lo hago sin interferencia alguna con la investigación historiográfica y en razón de algo que siempre me ha atraído en mis lecturas, sean de ficción o no-ficción, a saber, la responsabilidad del lector. Escribir historia es un oficio que requiere, como indispensable condición, el freno firme y un constante control del propio prejuicio y pasión; pero el hábito de leer nunca ha sido para mí una actividad aséptica, académica, o mero entretenimiento. Cualesquiera que sean las imperfecciones de esta exploración sobre las acepciones de la pobreza como miseria social, libertad personal y virtud cívica en Tomás Moro de Londres, bien pudiera tener algún otro efecto o consecuencia «a la hora de ahora» como advierte don Quijote de la Mancha. Y cuánto más en una edad en la que la abundancia y bienestar que muchos disfrutamos gracias a la libertad y democracia, al progreso impetuoso de la ciencia y de la tecnología, y al tesón de magníficas instituciones humanitarias, tanto civiles como religiosas, tampoco parece alcanzar el fin de la miseria que a todas horas acompaña una muchedumbre inmensa, desconocida y silenciosa, la sombra tenebrosa y vergonzosa a cualquier hora de lo que debería ser el sol radiante de la humanidad.